

Selección RNR



*En aguas
extrañas*

DÍAZ DE TUESTA



Romance Histórico



En aguas extrañas

Díaz de Tuesta



1.ª edición: marzo, 2017

© 2017 by Díaz de Tuesta

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-678-1

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales

Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento

jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del

copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o

procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la

distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[PARTE 1. EN EL VIEJO MUNDO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[PARTE 2. EN LA FLOTA DE LA NUEVA ESPAÑA](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[PARTE 3. EN EL NUEVO MUNDO](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[Promoción](#)

PARTE 1

EN EL VIEJO MUNDO

Sevilla, año de Nuestro Señor de 1666

Laura

Famoso está el Arenal.

Urbana

¿Cuándo lo dejó de ser?

Laura

No tiene, a mi parecer,
todo el mundo vista igual;
tanta galera y navío
mucho al Betis engrandece.

Urbana

Otra Sevilla parece
que está fundada en el río.

El Arenal de Sevilla, Lope de Vega

CAPÍTULO 1

1

—¿Estáis bien? —preguntó el notario Cosme Heredia nada más verla entrar.

Lógico. Mariana llevaba escrito en la cara que le ocurría algo grave, por no hablar del

vestido de luto—. ¿Cómo es que venís sola? ¿Dónde está don Diego?

Mariana Sánchez de Orozco se detuvo frente al escritorio y miró por la ventana del

despacho. Al otro lado del cristal, pudo ver una plaza que desbordaba vida, sonido y

luz. Colores en eterno movimiento, así era Sevilla. Había podido comprobarlo en las

pocas semanas que llevaba allí, desde que llegó con la intención de embarcarse en la

Flota de Indias y partir hacia el Nuevo Mundo, para reunirse con su prometido.

Don Diego de Arrunza, conde de Ferralta, su tutor, había querido acompañarla.

Aunque ya podía ser considerado un caballero de edad, al haber cumplido de largo los

sesenta, también era un hombre acostumbrado al ejercicio físico y estaba en muy buenas condiciones. «Viviré hasta los ciento diez», solía decir, con aquella risa franca que le caracterizaba. «Me gusta esa cifra». Pero se equivocaba.

Esa mañana, no había despertado. Por eso ella vestía de un negro absoluto y fuera

bullían los colores...

—Don Diego ha muerto —susurró, intentando contener las lágrimas. El resto, se le

escapó. Sospechas, suposiciones... Y, sobre todo, mucho miedo—. Creo... creo que le

han asesinado.

Heredia arqueó las cejas, incrédulo.

—¿Qué decís? —Pareció tan pasmado que tardó un segundo en reaccionar.

Entonces, señaló una de las sillas de su escritorio—. Por favor, señora, tomad asiento.

—Esperó a que se acomodase antes de imitarla, al otro lado de la mesa—. Supongo que tendréis alguna razón para asegurar algo así. ¿Lo han confirmado las autoridades?

¿Fue por causa de un robo, quizá? ¡Le insistí muchas veces que el lugar en el que os

alojáis no es apropiado para gentes de vuestra calidad!

—No... —Nada, imposible. Mariana se cubrió la cara con las manos y rompió a

llorar. Llevaba horas así. Resultaba agotador.

El notario no dijo nada. Simplemente, se levantó otra vez, sirvió una copita de brandy y se la tendió. Mariana no solía beber, pero decidió aceptarla, porque necesitaba algo fuerte para reponerse de la impresión. Habían pasado ya tres horas desde que descubrieron el cuerpo de don Diego, pero seguía teniendo clavada en la cabeza la imagen de su tutor, muerto de aquel modo horrible en la cama del tugurio en

el que se estaban alojando.

Dio un sorbo y empezó a toser.

—Bebed despacio —aconsejó Heredia, mientras volvía a ocupar su silla,

demasiado grande para alguien como él. La primera vez que le vio, le había hecho gracia que tuviera que dar un saltito para llegar a sentarse en condiciones. Era un hombrecillo pequeño y delgado, excepto por la gran barriga que surgía de pronto, como

un añadido fuera de lugar. Le recordaba a un duende. Vestía de un modo muy sobrio y

no mostraba más joyas que un anillo, aunque por los lujos de su casa podía deducirse

que se trataba de un caballero muy bien acomodado—. Lo que habéis dicho es muy serio. Imagino que las autoridades habrán iniciado de inmediato una investigación...

—No. No, en absoluto. —Mariana se limpió la nariz con el pañuelo, bebió otro sorbo y dejó la copita sobre la mesa—. En realidad, el médico ha dicho que ha debido

ser algo del corazón.

—Oh. ¿Entonces?

—No sé, son... detalles.

—¿Qué tipo de detalles?

—Pues... —Mariana se tomó un par de segundos para reordenar las ideas en su

mente—. Aunque habían vuelto a ponerlo bien, el vaso de la mesilla se había volcado,

estoy segura, porque el agua había mojado la biblia de don Diego y se había corrido la

tinta de algunas de sus anotaciones. Le gustaba anotar comentarios, pensamientos, al margen, ¿sabéis?

—Entiendo...

—También su pipa. Tuve que buscarla y la encontré en el suelo, a varios metros, en

un rincón, como si hubiese salido despedida.

—¿Despedida?

—Sí. Yo diría que hubo un forcejeo, aunque intentaron disimularlo, pero no se percataron de la pipa, o no la encontraron. ¡Y tenía sangre en las uñas! El médico dice

que pudo deberse a muchas cosas, pero ¿qué otra interpretación podemos dar? Él no tenía herida alguna. Creo que arañó a su asesino. —Le miró, esperanzada—. Don Cosme, ¿podéis hacer que revise el... el cuerpo otro médico?

Heredia titubeó.

—Desde luego, doña Mariana, podría intentarlo, pero no voy a engañaros: es una petición poco usual, que puede hacer que la Inquisición se enoje. No les gusta que se

manipulen los cadáveres, ya sabéis. Es posible que lo consideren prácticas de brujería

o algo semejante. ¿Os parece absolutamente necesario?

Mariana se mordió los labios. Con aquello no había contado. Y bastantes problemas

tenía ya como para ponerse en contra a la propia Inquisición.

—En realidad, no. Yo sé que le han asesinado. Y creo que vos también.

—¿Yo? —Heredia agitó las manos con alarma, como si estuviese alejando aquella

posibilidad—. Pero ¿qué decís? No, no...

—Sí. Al día siguiente de nuestra llegada a Sevilla, mi tutor me trajo aquí,

¿recordáis?

—Por supuesto.

—Pues, al salir, don Diego me dijo que, si le pasaba algo mientras siguiéramos en

la ciudad, viniese a veros. Que solo podía y debía confiar en vos.

El notario guardó unos segundos de silencio y carraspeó.

—Unas palabras muy generosas de su parte.

—Y creo que significaban que temía lo que ha ocurrido. — Le miró, con intención

—. Le han matado. Y vos lo sabéis.

—No. No, no, doña Mariana, de verdad, creo que os estáis confundiendo. El dolor

por el inesperado... final de vuestro tutor os hace sospechar cosas que no son.

—Pero...

—No, escuchadme. Pensadlo bien. ¿Qué razón podría tener un médico sevillano que

no os conocía hasta esta mañana, para ocultar la muerte violenta de vuestro tutor?

Ninguna. ¡O las propias autoridades, como habéis dicho! Ninguna. —Visto así, tenía razón. ¿Por qué iba a mentir aquel médico anónimo, por qué iba a ocultar pruebas la

guardia de la ciudad? Mariana dudó. Heredia apoyó los codos en la mesa y entrecruzó

los dedos—. Os lo aseguro, no sé nada de asesinatos, mi estimada joven. Pero sí tengo

muy claro por qué os dijo vuestro tutor que vinierais aquí. Lo hizo porque habló conmigo para que me ocupase de todo, si algo así ocurría. —Hizo una ligera pausa antes de continuar, con expresión de tristeza—. Porque, aunque vos no lo sabíais, él estaba enfermo del corazón.

Mariana arqueó las cejas.

—¿En serio? —El notario asintió. Aturdida, Mariana tardó en reaccionar—. ¿Por

qué no me lo dijo?

—Para no preocuparos, claro está. Según me explicó, no quería que pusierais

reparos al viaje que os aguardaba, un viaje largo y agotador, en la Flota de Indias que

parte mañana de madrugada.

Sí que hubiese protestado, sí. Aquello tenía sentido. De haber sabido que estaba enfermo, hubiese insistido en evitarle semejante esfuerzo.

Intentó ignorar la vocecilla que le decía que, de hecho, se hubiese aferrado a ello como a un clavo ardiendo. Lo hubiese usado de excusa para insistir en quedarse y no

tener que reunirse con Rodrigo.

Para no tener que cumplir con su compromiso de matrimonio.

La pipa, la sangre en las uñas, el vaso volcado en la mesilla... ¿Y si todo aquello

tenía una explicación? El vaso, quizá se le cayó a él, antes. La pipa, lo mismo, y decidió no levantarse a buscarla, ya lo haría por la mañana. La sangre... a saber a qué

podía deberse.

Pero, no debía olvidar otros detalles: su salida precipitada de Toledo, su viaje extraño y errático, su alojamiento en una posada que no dejaba de ser un tugurio del puerto... Nada de aquello había tenido sentido para ella, y don Diego se había negado

siempre a darle explicaciones, con la excusa de que no quería preocuparla. ¡Como si

viajar así no fuese suficiente causa de preocupación!

Mariana se pasó una mano por la frente. Mejor dejarlo estar, al menos de momento.

Se sentía demasiado cansada, no podía razonar en condiciones. Llevaba demasiados días sin dormir bien, angustiada por todo.

—¿Cuándo vino a veros? —preguntó, en un susurro. Heredia se lo pensó un instante.

—Pues... no estoy seguro de los días exactos, pero puedo consultar mis archivos.

Lo cierto es que ha venido varias veces sin vos.

Aquello la sorprendió.

—Vaya. No lo sabía. Aunque, la verdad, don Diego no solía dar cuenta de sus movimientos.

No supo qué más añadir. Pasó un segundo de silencio incómodo que Heredia se ocupó de romper.

—Las cosas son como son, doña Mariana: vuestro tutor estaba enfermo. Y lamento

mucho lo ocurrido, os doy mi más sentido pésame. Por lo poco que pude conocer al señor conde en estas semanas, era una persona de bien. Un caballero admirable.

Mariana asintió apenas, tratando de olvidar todo lo malo. Había habido mucho

bueno.

—Lo era. A la muerte de mi abuelo, hace siete años, me acogió y me dio un hogar.

Don Diego no tenía hijos, ¿sabéis? Ha sido como un padre para mí. —Heredia hizo un

gesto de comprensión—. Por eso me gustaría que se organizase todo cuanto antes, para

que sea enterrado como es debido.

—Sí, sí, no os preocupéis. Él mismo se ocupó de todo eso. Dejó una provisión de

fondos para que, de morir en algún punto del viaje, su cuerpo fuese trasladado inmediatamente de vuelta a Toledo. Tal como ordenó, será enterrado en el cementerio

familiar, junto a su amada esposa, con un funeral digno de su rango. Daré aviso de inmediato para que se inicien los preparativos.

—Habrá una misa por su alma a mediodía, en la iglesia de los Santos Remedios.

Perdonadme, iba a decíroslo al llegar, pero se me ha pasado. Por supuesto, si os es posible acudir, seríais bienvenido.

—Os lo agradezco. Acudiré a presentar mis respetos, desde luego. Y, si os parece

bien, me ocuparé de que el traslado se organice desde allí mismo.

Mariana sintió un gran alivio.

—Muchas gracias.

—No hay de qué. No sé si estaréis al tanto, pero vuestro tutor también lo dispuso todo para el traspaso de sus

bienes. Sois su única heredera, mi querida señora. Os habéis convertido en una joven muy rica.

—Oh. —Mariana se quedó atónita—. No había pensado en eso...

—Él sí. —Sonrió con amabilidad—. Y como don Diego no tuvo hijos ni hay

conocimiento de familiares con derecho al título del condado de Ferralta, antes de vuestra partida de su casa ya había dispuesto todo para que legalmente lo heredéis también.

—¿En serio? ¡Pero si pertenece a la Grandeza de España!

El condado de Ferralta estaba entre los títulos a los que Carlos I de España y V de

Alemania otorgó reconocimiento legal en mil quinientos veinte, en agradecimiento a su

apoyo en la guerra. Formaba parte de la grandeza conocida como de *inmemorial*.

Nunca había imaginado que pudiera llegar a ostentarlo.

—Pero no hay herederos. Y no es algo habitual legarlo a una pupila, cierto, pero dados los muchos servicios de don Diego y de vuestro propio abuelo, don Íñigo, a la

Corona, solicitó una renovación para vos... —Titubeó—. Para que me entendáis, lo reivindicó en vuestro nombre, un procedimiento perfectamente legal en temas de títulos

nobiliarios, y no hubo problema para conseguir la aprobación real a semejante propuesta. Siempre y cuando leguéis el título a vuestro primer hijo varón, si lo hubiere.

En otro caso, revertirá definitivamente a la Corona.

—¿Eso lo ha aprobado la reina? —preguntó, más asombrada todavía—. ¿Y tan

rápido?

—Así es, mi querida señora.

Mariana agitó la cabeza. Hubiese jurado que la reina regente demoraría meses su respuesta a una petición de semejante naturaleza, y eso de aceptarla, aunque solo fuera

por inquina. Mariana de Austria, madre del niño rey Carlos II, no había simpatizado nunca con su tutor. No podía reprochárselo. Al fin y al cabo, don Diego había muy amigo de su esposo, y todo el mundo sabía la clase de marido que había sido Felipe IV.

Pero, aunque no fuese algo del dominio público, la reina regente sí había mantenido

una gran amistad con el abuelo de Mariana, don Íñigo Sánchez de Orozco. De hecho,

ella llevaba ese nombre de pila porque su abuelo había estado muy enamorado de la reina. Y, según don Diego y algunas otras personas del entorno, su graciosa majestad no

se había mostrado indiferente a aquella adoración, pese a que, como era lógico, tuviese

que mantenerse en la distancia.

Pero, si Mariana tenía la posibilidad de ser condesa de Ferralta, estaba convencida

de que debía de ser por eso.